

Iván Escamilla González
"Próvido y proporcionado socorro.
Lorenzo Boturini y sus patrocinadores novohispanos"
p. 129-150

Francisco Javier Cervantes Bello
Alicia Tecuanhuey Sandoval
María del Pilar Martínez López-Cano
(coordinadores)
Poder civil y catolicismo en México, siglos XVI al XIX

México
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Instituto de Ciencias Sociales
y Humanidades "Alfonso Vélaz Pliego"
Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones
Históricas
2008
472 p.
cuadros

PDF
publicado: 25 de agosto de 2014
Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/podercivil/pcivil.html>

<http://www.historicasdigital.unam.mx>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

PRÓVIDO Y PROPORCIONADO SOCORRO. LORENZO
BOTURINI Y SUS PATROCINADORES NOVOHISPANOS

IVÁN ESCAMILLA GONZÁLEZ
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

El ermitaño del Cerrito

Es un lugar común en las biografías de Lorenzo Boturini Benaduci (¿1698/1702?-1755) el recuento de los trabajos indecibles que padeciera el viajero italiano en su búsqueda de documentos de la tradición de las apariciones de la Virgen de Guadalupe y de la historia antigua de México, que ha hecho de él un héroe indiscutido de la historiografía mexicana y mexicanista.¹ Responsable de ello es en gran medida el propio don Lorenzo, quien gustaba de pintar con dramáticos colores sus andanzas en busca de tan preciados papeles, como lo hizo en el proemio del catálogo de su archivo, el llamado *Museo histórico indiano*, incluido como apéndice a su *Idea de una nueva historia de la América Septentrional*, publicada en Madrid en 1746:

No cansaré en referir los inmensos trabajos y gastos que me han costado estas preesas inestimables de la antigüedad indiana; solo sí

¹ Con contadas excepciones, como el historiador español Eugenio Sarrablo Aguilera, *El conde de Fuenclara, embajador y virrey de Nueva España (1687-1752)*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1966, vol. 2, pp. 98-99, quien, en el ánimo de defender a su biografiado de los denuetos que ha sufrido como el autor material de la prisión de Boturini, no tuvo empacho en minimizar el valor de sus trabajos a partir de un muy superficial juicio de la única obra que publicó en vida.

advierdo que, como las tenían y tienen otras los indios de aquella dilatada región, me fue preciso correr grandes tierras, adivinando y preguntando; y aunque con notoria constancia, jamás dejé de la mano las emprendidas diligencias. No obstante, pasaron dos años sin que pudiese conseguir un mapa, ni ver la cara a manuscrito alguno, habiéndome sucedido muchas veces peregrinar de unos lugares a otros los cinco y seis meses continuos, y volverme a la ciudad capital sin fruto alguno [...].²

Del mismo modo llegó a contar a Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, joven criollo poblano y futuro historiador, quien le proporcionara albergue y sustento durante una buena temporada tras su accidentado arribo a Madrid en 1744, cómo en busca de “noticias o luces para encontrarlas” llegó a emprender “jornadas de veinte, de treinta y más leguas por caminos extraviados”,

[...] por la esperanza de hallar un mapa o un manuscrito, con tales incomodidades por lo áspero de los caminos, por los temperamentos, especialmente cálidos y abundantes de mosquitos y otros insectos molestos, y por la inopia de bastimentos, que aseguró que en una ocasión se mantuvo ocho días enteros con chirimoyas, en otras con tortillas de maíz duras, y en otras con solo maíz tostado; albergándose en las infelices chozas y tugurios de los indios, y no pocas veces con temor y peligro de la vida [...].

Cargado finalmente con grandes tesoros como recompensa a estos afanes, Boturini retornaba a la “soledad y retiro” eremíticos de los aposentos que se había improvisado en la pequeña capilla de la cima del cerro del Tepeyac, donde, según cuenta Veytia, esparcía por el suelo sus mapas y papeles y “de pechos sobre ellos” dedicaba largas horas a su estudio e interpretación, y a la preparación de su historia de las apariciones guadalupanas.³

² Lorenzo Boturini, *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, estudio preliminar por Miguel León-Portilla, México, Porrúa, 1986 (1ª ed., 1974), pp. 113-114 (en adelante citado sólo como “Boturini, *Idea*”).

³ Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, “Discurso preliminar” de la *Historia del origen de las gentes que poblaron la América Septentrional, que llaman la Nueva España*, reproducido en Margarita Moreno Bonett, *Nacionalismo novohispano. Mariano Veytia. Historia antigua, Fundación de Puebla, guadalupanismo*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1983, pp. 311-312. Un ejemplo entre muchos de aceptación casi acrítica de esta historia es el influyente escritor aparicionista Lauro López Beltrán, *Álbum del LXXV*

No se puede negar el fuerte atractivo que para la imaginación histórica mexicana siempre ha tenido la figura de un devoto indagador rescatando del olvido, en un solitario esfuerzo, los testimonios venerables de nuestra antigüedad, lo que en parte explica que la mayoría de los estudiosos hayan aceptado, sin mayor cuestionamiento, el relato de Boturini sobre sus correrías. Pese a lo anterior, creo que un examen más cuidadoso permite expresar dudas razonables acerca de su exactitud. Convence de esto, en primer lugar, un hecho en el que nadie parece haber reparado realmente: la naturaleza apologetica de los testimonios en que se funda esta historia. En su mayoría éstos provienen de las declaraciones que Boturini formulara como parte de su defensa durante la prisión a la que lo redujo el virrey conde de Fuenclara en 1743, y de las solicitudes que hiciera durante sus gestiones en Madrid para que se le regresara su *Museo* y se le otorgara nombramiento y sueldo de cronista de Indias.⁴ Es evidente que en ambas situaciones convenía a la causa del erudito subrayar el mérito y circunstancias en las que se habían desarrollado sus indagaciones históricas en América. Parece que la imagen de Boturini que hemos aceptado es, en gran parte, la que el mismo don Lorenzo buscó construir a la medida de sus intereses; prueba de su éxito es que sobre ella los historiadores han bordado un discurso a lo largo de dos siglos y medio.

Por otro lado, están las características de su gran archivo o *Museo Histórico*, según quedó descrito en el catálogo publicado por el propio Boturini en 1746,⁵ y en los inventarios que se levantaron entre 1743 y 1745 a raíz de su arresto y el secuestro de papeles.⁶ Los centenares de documentos que lo formaban provenían de una am-

aniversario de la coronación guadalupana, México, Jus, 1973, pp. 167-193, que repite casi palabra por palabra (p. 168) el pasaje citado de Veytia.

⁴ Las declaraciones de Boturini y demás diligencias de su proceso pueden consultarse en "Documentos relativos a Lorenzo Boturini Benaduci. 1742. Continúa" en *Boletín del Archivo General de la Nación*, México, serie 1ª, t. vii, núm. 2, 1936, pp. 229-272. Los documentos de sus gestiones en Madrid se encuentran en buena parte en el Archivo General de Indias de Sevilla [en adelante: AGI], sección *Indiferente General*, leg. 398.

⁵ El "Catálogo del Museo Histórico Indiano del caballero Lorenzo Boturini Benaduci" se encuentra en Boturini, *Idea*, pp. 113-151.

⁶ El inventario de 1745 realizado por el intérprete indígena de la Audiencia, Patricio Antonio López, el más completo de los que se hicieron antes de que la colección empezara a mermar por la incuria y los robos, fue reproducido en "Inventario de los documentos recogidos a don Lorenzo Boturini por orden del gobierno virreinal", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, México, época 4ª, tomo iii, núm. 1, 1925, pp. 1-55, citado en adelante como "Inventario de 1745".

plia área del centro del virreinato, desde Michoacán hasta los valles de Toluca y México y la región poblano/tlaxcalteca, y eran, como se sabe, de la más diversa naturaleza: desde crónicas autógrafas de los grandes escritores indomestizos de los siglos XVI y XVII hasta registros de tributos, pasando por mapas de tierras, códices pictográficos, catecismos y doctrinas, gramáticas y vocabularios, relatos hagiográficos, anales y diarios de sucesos notables, etcétera, tanto impresos como manuscritos, escritos en castellano, latín y náhuatl. Su riqueza cuantitativa y cualitativa remite a un esfuerzo de investigación que un hombre solo –como lo sabe cualquier historiador avezado en el trabajo con fuentes primarias– no podría haber realizado sin el forzoso concurso de una vasta red de informantes y corresponsales tanto españoles como indios, entre bibliófilos, archivistas y bibliotecarios de distintas corporaciones, intérpretes de idiomas, notarios y autoridades eclesiásticas y civiles, tanto españoles como indios. La empresa historiográfica de Boturini adopta de esta manera un tinte casi colectivo que el propio sabio, en el afán de justificar y ensalzar sus acciones ante las autoridades y contra los ataques de sus émulos, supo velar discretamente.

Las anteriores afirmaciones no pretenden cuestionar la originalidad y trascendencia de los aportes de Boturini como historiador del mundo prehispánico, suficientemente probadas por los trabajos de Miguel León-Portilla, Álvaro Matute y, más recientemente, Jorge Cañizares-Esguerra.⁷ Creo, por el contrario, que al despejarse el mito del “indagador solitario” y dilucidarse los apoyos de los que se valió para abrirse paso entre la sociedad colonial, crece verosímilmente la figura del innovador que, al romper con los moldes tradicionales de la hagiografía y la historia anticuaria barrocas, contribuyó, como he afirmado en otra parte, a sentar las bases de una revolución metodológica en la historiografía novohispana.⁸ Como parte de un proyecto más amplio para el estudio a profundidad y la publicación de la obra del sabio italiano como historiador guadalup-

⁷ Miguel León-Portilla, “Estudio preliminar”, en Boturini, *Idea*, pp. IX-LXXII; Álvaro Matute, *Lorenzo Boturini y el pensamiento histórico de Vico*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1976; Jorge Cañizares-Esguerra, *How to write the History of the New World. Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

⁸ Iván Escamilla González, “‘Máquinas troyanas’: el guadalupanismo y la Ilustración novohispana”, en *Relaciones. Estudios de historia y sociedad*, vol. XXI, núm. 82, 2000, pp. 199-232.

pano, el presente trabajo se puede caracterizar como un primer bosquejo de reconstrucción de los medios que permitieron a Lorenzo Boturini, un extranjero de peculiares ideas, lanzarse a su ambiciosa búsqueda de los *monumenta* de la tradición de Guadalupe y de la gentilidad indígena, y más aún, conseguir el respaldo y patrocinio de importantes círculos del poder y la intelectualidad coloniales.

Una vida en pos del poder

Entre los muchos pasajes aún oscuros de la biografía de Boturini se encuentran los años que van de su propio nacimiento en la villa de Sondrio, en el Milanesado, hasta su arribo a España en plena madurez, tras recorrer diversas cortes de Europa.⁹ Se duda aún, por ejemplo, de la fecha de su natalicio: 1698 para algunos, 1702 para otros. Aunque él mismo aseguraba descender de los duques de Aquitania y de otros ilustres linajes medievales, siguen hasta ahora ocultos los documentos con los que pretendía probarlo, al igual que todo lo que dijo haber escrito acerca de la historia de su propia casa.¹⁰ Nada se ha escrito aún acerca de su educación formal, la que parece por propia afirmación que tuvo, y es cierto que sus obras y otros documentos salidos de su mano demuestran una erudición jurídica, histórica y literaria nada vulgar, y esbozan la figura de un investigador metódico y avezado, bien dotado para el estudio de las antigüedades.

Significativamente, el panorama de su vida comienza a iluminarse a partir de 1725, año en que viajó a Viena para entrar al servicio de Carlos VI, emperador de Austria, a la que pertenecía el ducado de Milán en virtud de la paz de Utrecht de 1713 que despojó a España de todas sus antiguas posesiones en Italia. La estancia de Boturini en Viena fue de gran trascendencia para su posterior trayectoria vital: el futuro historiador de Indias debió aprender allí el dificultoso arte, tan socorrido entre los intelectuales de la Edad Moderna europea, de poner sus variados talentos y su trato refinado al servicio de los príncipes. A esto se agregaba una facilidad

⁹ El americanista italiano Giorgio Antei ha asegurado a quien escribe, en comunicación personal y sin brindar mayores detalles, que prepara una obra en la que se clarifican muchos detalles acerca de los orígenes familiares y de la vida de Boturini antes de su venida a México.

¹⁰ Lorenzo Boturini al rey, memorial impreso [Madrid, ¿1745?], AGI, México, 398.

aparentemente innata del milanés, de la que haría gala en diversas ocasiones durante su vida, para bosquejar e interesar a potenciales patrocinadores en empresas y proyectos de altos vuelos. Como resultado de ello, y según lo referiría él mismo años más tarde, se le encargaron por el gobierno imperial diversas comisiones informativas, de carácter notablemente comercial: así, en Trieste investigó las operaciones de la Compañía de Ostende, un fracasado intento austríaco de participar en el comercio de Asia a la manera de los ingleses y holandeses, y en Bohemia estudió las posibilidades de utilizar el río Elba como camino de expansión mercantil de Austria en Europa Oriental.¹¹ Ya en México, se seguiría enorgulleciendo de la “mucha confianza de haber sido ocupado de aquel Imperial Ministerio en muchos negocios políticos”.¹²

La otra razón por la que el periodo vienés de Boturini sería determinante fue la presencia en esa ciudad de un influyente círculo de aristócratas españoles exiliados, partidarios de Carlos VI cuando siendo aún archiduque había disputado el trono hispánico a Felipe V, y que al final de la Guerra de Sucesión habían encontrado asilo en la corte imperial. Precisamente en abril de 1725, el mismo año en que Boturini arribaba a Viena, se firmaba allí el tratado definitivo de paz por el que el emperador reconocía al Borbón como rey de España, y entre cuyas cláusulas se hallaba la autorización para que los nobles españoles “austracistas” pudiesen regresar cuando lo desearan a su país, restituidos en sus bienes y libres de toda represalia o persecución. El contacto con estos exiliados en la corte, además de brindar al joven Boturini una excelente oportunidad para aprender de ellos el castellano, también le habría proporcionado contactos de alto nivel que le serían de utilidad cuando en 1734, y por razones que no quedan claras del todo, tuvo que abandonar Viena.

El año anterior había estallado la Guerra de Sucesión Polaca,¹³ en la que Austria y España alinearon en bandos opuestos y que fue

¹¹ Lorenzo Boturini al marqués de la Ensenada, memorial de 1754, *apud* José Torre Revello, “Documentos relativos a D. Lorenzo Boturini Benaduci. Biografía”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, 1ª serie, t. VII, núm. 1, 1936 [1ª ed., 1932], p. 7.

¹² Lo afirma en la declaración que rindió en México el 28 de noviembre de 1742 ante el Alcalde del Crimen de la Real Audiencia, al inicio de su proceso, en “Documentos relativos a Lorenzo Boturini Benaduci...”, p. 229.

¹³ En la Guerra de Sucesión Polaca (1733-1735) se enfrentaron el bando de Francia y España por una parte, contra el de Rusia, Austria y Saboya por otra, apoyando respectivamente a Estanislao Leczynski (suegro de Luis XV) y al Elector Augusto de Sajonia en sus pretensiones al trono de Polonia.

aprovechada por Felipe V para intentar colocar a su hijo, el Infante Carlos, en el trono de Parma. Alegando un supuesto conflicto de lealtades que como noble milanés le obligaba a escoger entre la del rey de España y la del Imperio,¹⁴ Boturini solicitó autorización para dejar Austria por un país neutral. Con pasaporte extendido por la cancillería imperial y cartas de recomendación para el secretario de Estado y para la reina de Portugal, don Lorenzo salió de Viena en julio de 1734¹⁵ para arribar vía Inglaterra a Lisboa a principios de octubre. Fueran cuales fueran sus razones verdaderas para dejar la que parecía una promisorio carrera al servicio de la corte austríaca, Boturini intentó utilizar la influencia del embajador de Viena en Lisboa y de la reina de Portugal –hermana del emperador– para acomodarse como ayo de los infantes e instruirlos “en las ciencias y máximas políticas”.¹⁶ No parece haber tenido mucho éxito Boturini en su empeño por conseguir la protección de la familia real portuguesa, pues en 1735, seguramente después de reactivar sus viejos contactos entre la aristocracia española, cruzó la frontera para presentarse altamente recomendado en Madrid ante don José Patiño, primer ministro del gobierno de Felipe V.

El prurito que había impedido a Boturini rendir homenaje al rey de España el año anterior parece haber desaparecido repentinamente una vez que Patiño lo recibió “con mucho agrado” en El Pardo. No se conocen las razones de tan grata recepción, sin embargo no es arriesgado suponer que don Lorenzo haya ofrecido a Patiño sus servicios como experto en cuestiones de comercio internacional, precisamente en un momento en que el gobierno borbónico intentaba afrontar, mediante una reforma reglamentaria, la crisis terminal del arcaico sistema de convoyes anuales de barcos mercantes (los célebres Galeones y Flotas) al que muchos responsabilizaban de la baja rentabilidad de los dominios españoles en América.¹⁷ Prueba de que Boturini estaba al tanto de esta situación

¹⁴ José Torre Revello, “Documentos relativos...”. Asegura Boturini en 1754 que al tomar posesión de Milán durante la guerra de 1733-1735, Felipe V exigió a los nobles súbditos abandonar la corte de su enemigo el emperador. Sin embargo, no fueron los españoles, sino las tropas de su aliado Carlos Manuel III de Saboya, quienes se apoderaron de Milán e impusieron un gobierno provisional con miras a adueñarse de ese ducado.

¹⁵ Ver Inv. de 1745, inv. 1, nº 18, p. 5, el registro del pasaporte de 30 de junio de 1734.

¹⁶ José Torre Revello, “Documentos relativos...”, p. 8.

¹⁷ Véase Geoffrey J. Walker, *Política española y comercio colonial, 1700-1789*, Barcelona, Ariel, 1979, pp. 242-245, acerca de las discusiones sobre el comercio de Indias que tuvieron a lo largo de 1734 y la real cédula resultante, de 21 de enero de 1735.

parece ser el borrador de una carta que dirigió a Patiño desde Cádiz en 1735, escrita en italiano, idioma familiar y casi nativo para el ministro, quien por nacer y haberse educado en Milán en tiempos en que aún pertenecía a los españoles era, técnicamente, paisano de don Lorenzo.¹⁸

En la carta Boturini asegura que el único fin de su paso a España había sido “consagrarmi al serviggio di S.M.”, y tras declararse asombrado por “le grand’opre” realizadas por Patiño “nell’emporio di Cadice” durante su época de intendente de Marina para la habilitación del puerto, pasaba a exponerle un proyecto para establecer allí un Real Banco, que sirviese al fomento del comercio americano y que podría capitalizarse con la participación de la propia Corona, de los mismos mercaderes de la carrera de Indias y otros inversionistas.¹⁹

Entre los objetivos principales estaba el de arrebatar progresivamente a los extranjeros el control del comercio atlántico, mediante la participación directa del banco en la preparación y carga de las flotas; por otra parte, las ganancias se podrían convertir eventualmente en un fondo especial para la expansión, sostenimiento y mejora de la Armada española, precisamente uno de los principales objetivos de las políticas trazadas por Patiño y sus sucesores como medio de recuperación del papel protagónico de España en los asuntos europeos. Si el plan de Boturini llamó o no la atención de Patiño, es algo que por ahora no puedo contestar; el hecho es que ese mismo año, a poco de escribir esas líneas, Boturini se embarcó en la flota mercante que bajo el mando del general Manuel López Pintado zarpó el 22 de noviembre desde Cádiz rumbo a Nueva España para llegar a Veracruz el 18 de febrero de 1736.²⁰ Sólo hubo una pérdida que lamentar durante el viaje: el naufragio del *Santa Rosa*, el navío de guerra en el que viajaba Boturini, a la vista del puerto de destino.

En contraste con el accidentado arribo de don Lorenzo a Nueva España, la flota de 1735, y la feria que se celebró en Jalapa en 1736

¹⁸ José Patiño nació en Milán en 1666 y cursó estudios con los jesuitas en esa ciudad y en Roma, antes de abandonar la carrera eclesiástica para servir al gobierno de Felipe V desde el principio de la Guerra de Sucesión.

¹⁹ Archivo Histórico de la Insigne y Nacional Basílica de Guadalupe (en adelante AHINBG), caja 334, exp. 81, ¿Lorenzo Boturini a José Patiño?, Cádiz, ca. 1735.

²⁰ Geoffrey J. Walker, *Política española...*, p. 247.

para expender sus mercancías, fueron un éxito para los comerciantes españoles que acompañaban al cargamento. A diferencia de anteriores ocasiones en que el boicot del Consulado de comerciantes de la ciudad de México, receloso siempre de perder el dominio del mercado novohispano, había hecho fracasar la feria, López Pintado vio venderse toda la carga de la flota y pudo regresar a España en junio de 1737. Uno de los pasajeros que había transportado no regresaría sin embargo con él: se trataba de Lorenzo Boturini, quien habría de permanecer en el virreinato hasta 1743, cuando sería remitido prisionero de vuelta a España por órdenes del virrey conde de Fuenclara bajo la acusación de haberse introducido ilegalmente en Indias como extranjero, sin la autorización real.

Años después, Boturini aseguraría haber venido a México por el interés de “ver tierras” y como apoderado para cobrar las rentas que correspondían a la condesa de Santibáñez, descendiente de la casa real de Moctezuma, de una encomienda en Indias; y que no había pedido permiso para esto por ignorar entonces las leyes de España al respecto.²¹ Sin negar por entero la veracidad de estas afirmaciones, realizadas en un momento en el que el contexto político español había cambiado por entero, resulta interesante señalar que la decisión de Boturini de permanecer en Nueva España y el regreso de la flota de López Pintado coincidieron con otro acontecimiento que debió preocupar al italiano: la muerte del ministro José Patiño, en la Granja de San Ildefonso, el 3 de noviembre de 1736. ¿Logró Boturini durante su estancia en España vincularse efectivamente como protegido a Patiño?, ¿su viaje a Nueva España tuvo algo que ver con esto? El no haber solicitado autorización como extranjero para embarcarse en la flota ¿pudo deberse a que, en atención a su paisano el primer ministro, y a hallarse tal vez a su servicio, no fue considerado como tal?, ¿el fallecimiento de Patiño le habría privado repentinamente del motivo original de su viaje?

No es posible por ahora confirmar estas suposiciones; lo que es indudable es que, una vez en México, Lorenzo Boturini, caballero del Sacro Imperio Romano Germánico, y experto ya gracias a sus

²¹ En las primeras declaraciones de su proceso en México señaló como causa de su viaje la comisión de la condesa de Santibáñez y exhibió los documentos que lo probaban: véase “Documentos relativos a Lorenzo Boturini Benaduci. 1742. Continúa”, p. 233. En cambio (como lo notó ya José Torre Revello en su estudio biográfico) no hizo mención alguna de ello en el memorial de 1754 al marqués de la Ensenada, en donde asegura que su paso a Indias tuvo como motivo el interés por conocer el país.

andares entre Viena y Madrid en la búsqueda de poderosos patrocinadores, tuvo ocasión para concebir otro proyecto ambicioso, y de hallar quién aceptara protegerlo.

Boturini y sus ocultos confidentes

Entre 1740 y 1746 el poeta, dramaturgo e historiador criollo Cayetano Cabrera de Quintero (ca. 1695-ca. 1775) redactaba por encargo del ayuntamiento de la ciudad de México lo que sería su magno *Escudo de armas de México*, crónica en grandilocuente prosa de la desastrosa epidemia de matlazáhuatl que azotó al centro de la Nueva España entre 1736 y 1737 y, al mismo tiempo, dilatado alegato en favor de la historicidad irrefragable de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, y de la legalidad de su adopción como patrona de la capital y de todo el reino.²² Salpicando su relato, como aprovechando la ocasión de publicidad que se le ofrecía, aparecen aquí y allá críticas, denuestos y otras demostraciones de las antipatías personales de Cabrera por diferentes individuos y corporaciones. A la larga estas injurias serían la ocasión de que en 1748, dos años después de su publicación, su libro fuera ordenado recoger por las autoridades virreinales, mandato que, por otro lado, fue parcialmente obedecido.²³

Entre otros personajes, enfiló Cabrera sus dardos repetidas veces hacia un misterioso “extranjero” cuyo nombre jamás proporciona, y a quien atacaba por llamarse, sin que nadie lo hubiera nombrado, “Historiador de Nuestra Señora de Guadalupe”:

[...] sobre que debo reclamar cuán poco segura irá la fantasía de quien no habiendo nacido en Indias, ni en España, destituido del idioma y voz viva de los indios, y despreciando como perezosos a los autores que las tuvieron, presume de extraidor de mapas, desenterrador de noticias (que había sepultado en manuscritos la imposibilidad de im-

²² Pese a ser un libro sumamente conocido, sobre el encargo y la historia de la redacción del *Escudo de armas de México* existen informaciones confusas y contradictorias que merecen esclarecerse, como lo ha notado América Molina del Villar, *La Nueva España y el matlazáhuatl, 1736-1739*, México, CIESAS/El Colegio de Michoacán, 2001, pp. 54-55.

²³ Fueron específicamente sus críticas a las opiniones y actuación del Real Pro-tomedicato ante la epidemia las que provocaron una denuncia de difamación en su contra, y la prohibición del libro por el virrey conde de Revillagigedo.

primirlos), levanta testimonios auténticos, rastrea archivos, aunque no públicos, saca de sus Casas, o de las del Obispo de Chiapa, delitos de conquistadores; impertinente todo al fin porque quiere darse a conocer de ilustrador, o historiador de Nuestra Señora de Guadalupe.²⁴

Este extranjero era, por supuesto, Lorenzo Boturini, quien desde poco después de su llegada a México firmaba orgulloso sus memoriales y cartas como “Caballero del Sacro Imperio Romano, Señor de Hono e Historiador de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe”. Incurría el italiano en la censura de Cabrera no sólo por inmiscuirse en la mariofanía del Tepeyac, que debía concernir sólo a los escritores nativos del país e instruidos en su historia, sino también por su afán de solicitar por todos lados y a toda costa, los documentos históricos del milagro y muchos otros tocantes a la historia del reino; así, de una iglesia en Tlaxcala, adonde había sido llevado desde el santuario de Guadalupe por la piedad excesiva de un sacristán, el extranjero había sacado “por hurto” el retrato del “venturoso Juan Diego”, quizá porque, ignorante, se le figuraba “nuevo lo antiguo que mira nuevamente”.²⁵

Pero, al mismo tiempo, Cabrera no podía ocultar que en su empeño Boturini *no estaba solo*. Al hablar de los papeles del historiador Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, de quien se afirmaba poseía y había hecho una traducción del relato original de las apariciones del que habían abrevado Miguel Sánchez, Luis Lasso de la Vega y otros escritores, debió admitir con pesar que el “extranjero” los “embistió [...] por noticia que dimos a uno que era su oculto confidente”.²⁶

²⁴ Cayetano Cabrera y Quintero, *Escudo de armas de México, escrito por el presbítero... para conmemorar el final de la funesta epidemia de matlazáhuatl que asoló a la Nueva España entre 1736 y 1738*, ed. facs., estudio preliminar de Víctor M. Ruiz Naufal, México, IMSS, 1981, p. 325.

²⁵ *Ibidem*, p. 344. El retrato en cuestión es el mismo que en el presente se ha colocado en el presbiterio de la Basílica de Guadalupe, tras la canonización de Juan Diego por Juan Pablo II.

²⁶ *Ibidem*, p. 334. Al parecer los papeles de Ixtlilxóchitl se hallaban entonces en la biblioteca del Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo de México, de los jesuitas, al que habían llegado por legado testamentario del polígrafo Carlos de Sigüenza y Góngora. Sobre quien fuera el *confidente* que dio la noticia al italiano, sólo puede especularse: no está demás señalar que Boturini recibe en la *Bibliotheca mexicana* de Juan José de Eguiara y Eguren –un gran conocedor de la biblioteca del Colegio Máximo– una mención breve pero elogiosa. Por otro lado, debe señalarse que Eguiara no alcanzó a escribir la letra “L” de su catálogo biobibliográfico, por lo que por ahora no se sabe cuál pudo ser su opinión acerca de la obra de don Lorenzo.

En efecto, ni su más encarnizado y público detractor era capaz de negar que, probablemente desde un principio, don Lorenzo había contado en sus andanzas con el apoyo de distintos personajes, algunos de ellos de destacada posición social y política, tanto dentro como fuera de la Iglesia novohispana.

La razón de esto no es difícil de intuir. Boturini arribó a Nueva España a principios de 1736, en vísperas de una efervescencia religiosa y cultural de amplias consecuencias. La epidemia de matlazahuatl que se desató ese año, y la adopción en 1737 de la Virgen de Guadalupe como protectora contra la peste en México y otras importantes ciudades, habían colocado en primer plano a un importante grupo de la intelectualidad clerical, en el que se incluían nombres como los de Juan José de Eguiara y Eguren, Bartolomé Felipe de Ita y Parra, José Fernández Palos y el ya referido Cayetano Cabrera Quintero. Desde algunos de los más privilegiados cuerpos eclesiásticos o de mayoría clerical de la capital, como el cabildo catedralicio y la Real Universidad, y de colegios como el Seminario Tridentino, estos hombres habían pugnado de manera abierta y militante por el reconocimiento formal de la imagen guadalupana (a través de la jura de su patronato sobre el reino) como estandar-te de las aspiraciones espirituales y culturales criollas.²⁷ Al continuado esfuerzo de este grupo y de sus seguidores, que Ernesto de la Torre Villar y otros historiadores han calificado de precursores de la Ilustración en Nueva España, puede atribuirse en parte la serie de iniciativas que llevaron primero a la jura del patronato general en 1746, y en 1754 a su reconocimiento pontificio por Benedicto XIV.²⁸ Entre las preocupaciones más importantes de estos guadalupanistas se hallaba justamente el reforzamiento de los fundamentos históricos y jurídicos de la adopción de la imagen del Tepeyac como patrona general del reino, frente a las críticas de sectores escépticos que los consideraban insuficientes.²⁹

²⁷ Véase, por ejemplo, el sermón de Ita y Parra (*La madre de la salud la milagrosa imagen de Guadalupe*, Madrid, Antonio Marín, 1739), predicado en su santuario el 9 de febrero de 1737 ante las principales autoridades civiles y eclesiásticas, como parte del novenario en solicitud para que la Virgen mitigara la epidemia, reproducido en David A. Brading (introduc. y selec.), *Siete sermones guadalupanos (1709-1765)*, México, Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, 1994, pp. 85-106.

²⁸ Sobre la declaración pontificia de 1754 y sus promotores véase Jaime Cuadrillo, "Zodiaco mariano. Una alegoría de Miguel Cabrera", en *Zodiaco mariano. 250 años de la declaración pontificia de María de Guadalupe como patrona de México*, catálogo de exposición, México, Museo de la Basílica de Guadalupe, Museo Soumaya, 2004, pp. 19-129.

²⁹ El más famoso de estos escépticos fue Juan Pablo Zetina Infante, maestro de ceremonias de la catedral de Puebla, quien escribió un dictamen jurídico en contra del patronato guadalupano cuyo contenido sólo se conoce por la furiosa réplica que Ca-

Es en medio de estas circunstancias que Lorenzo Boturini entra en escena. Impresionado por los acontecimientos de 1736-1737, concibió el proyecto de servir a la Virgen mexicana escribiendo una historia que sirviese, como él mismo decía, para deshacer definitivamente cuantas dudas existían sobre la veracidad del milagro. Parece posible, ante la coincidencia de intereses que debió percibir, que se acercara a algunos miembros del referido círculo de intelectuales guadalupanistas de la ciudad de México en busca de orientación para sus investigaciones y, tal vez, de patrocinio para las mismas.

No sería difícil, por ejemplo, que hubiese obtenido de ellos incluso la inspiración que lo condujo a centrar sus esfuerzos de búsqueda documental entre los indígenas. Ya en 1722, en tiempos del arzobispo Lanciego, con motivo de haberse encontrado en el archivo de la Mitra copia de las famosas Informaciones de 1666, se había promovido la idea de formar nuevo proceso jurídico que permitiese lograr de una vez el reconocimiento pontificio y el oficio litúrgico propio para la fiesta del 12 de diciembre. En aquella ocasión uno de los promotores más entusiastas de la iniciativa había sido el bachiller Joseph Lizardi y Valle, quien desde su nombramiento en 1706 por el cabildo eclesiástico de México y durante más de cuarenta años se desempeñara de manera notable como cuidadoso y eficiente tesorero y administrador de las rentas del santuario y luego colegiata de Guadalupe.³⁰ En el testimonio que rindiera durante las informaciones de 1722, Lizardi señaló, sin duda fundándose en *Felicidad de México* de Luis Becerra Tanco, uno de los principales historiadores guadalupanistas del siglo xvii, que con toda seguridad debían encontrarse testimonios auténticos del portento entre los indios, aunque cifrados y ocultos en sus antiguos caracteres y figuras.³¹

yetano Cabrera Quintero, usando el seudónimo de Antonio Bera Cercada, publicó en su contra: *El patronato disputado, disertacion apologética, por el voto, elección, y juramento de Patrona, a María Santissima, venerada en su imagen de Guadalupe de México...*, México, Imprenta de María de Rivera, 1741.

³⁰ Al erigirse con el patrocinio real la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe en 1750, los servicios de Lizardi fueron recompensados con una prebenda y con el título de protocanónigo o canónigo más antiguo de su cabildo, que ostentó hasta su muerte en 1758.

³¹ AHINBG, caja 334, exp. 79, Testimonio de los autos seguidos sobre la aparición de Nuestra Señora de Guadalupe, 1722.

Si bien las informaciones de 1722, por motivos que no quedan claros, nunca fueron concluidas,³² puede suponerse que ideas como las de Lizardi hubiesen permanecido en el aire, aguardando a quien, como Boturini, tuviese la iniciativa y se hallara en circunstancias propicias para hacerlas realidad. La existencia entre los papeles de don Lorenzo conservados en la Basílica de Guadalupe de una especie de circular o proclama, dirigida a las autoridades de las repúblicas de naturales y redactada en náhuatl, y de algunos apuntamientos de mano del sabio italiano sobre posibles informantes en la ciudad de México, hace pensar que sus primeros pasos, desde 1737, se dirigieron a los barrios y pueblos de indios de la propia capital y sus contornos.³³

Es imposible saber si en realidad, como lo afirmó el propio Boturini en 1746, los dos primeros años de sus búsquedas fueron infructuosos y no pudo tener en las manos ningún papel o documento de importancia; empero, para principios de 1739 había realizado un hallazgo que lo colocó de inmediato en el centro de la atención de círculos guadalupanistas de la capital, y que encaminó su búsqueda hacia horizontes enteramente nuevos.

Un pródigo y proporcionado socorro

Fue alrededor de la primera mitad de 1739 que Lorenzo Boturini se dio a la tarea de redactar en latín el que debía ser su primer ensayo acerca de los fundamentos históricos del milagro de 1531, su *Thaumaturgae Virginis de Tequatlanopeuh vulgo de Guadalupe Compendiaria Historia*.³⁴ Es de corta extensión (no más de 20 folios), y es muy

³² Uno de ellos pudo ser la promoción del provisor del arzobispado, Carlos Bermúdez de Castro, ante quien se realizaban las informaciones, y tal vez otro de sus promotores más importantes, al arzobispado de Manila. En 1751, Lizardi intentó tramitar ante el arzobispo Rubio y Salinas la continuación de estas informaciones, aunque entonces la iniciativa tampoco tuvo continuidad, AHINBG, caja 334, exp. 79, f. 120.

³³ Dos copias de esta circular, con mínimas diferencias ortográficas, que comienza "Notlaomahuizpipiltinee Teteuhti Mahuiztililonime in Amehuantzitzin..." se hallan en AHINBG, caja 380, exp. 8, ff. 8-11. Los apuntamientos de Boturini acerca de posibles informantes y poseedores de documentos en la ciudad de México, Cuautitlán y Xalostoc se hallan al reverso de estas mismas copias. En colaboración con Miguel Pastrana, del Instituto de Investigaciones Históricas, estoy preparando para publicación una versión en castellano de la circular de Boturini.

³⁴ AHINBG, caja 334, exp. 79, ff. 3-28. Este texto, junto con su *Margarita Mexicana*, y los apuntes históricos suyos sobre la materia que se conservan, forma parte del proyecto de publicación de la obra guadalupana de Boturini que estoy llevando a cabo.

probable que Boturini, pese a haber incluso elaborado una tabla de sus capítulos, jamás lo haya concluido; empero, entre lo que sobrevive se encuentra una interesante dedicatoria al arzobispo virrey Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, y al cabildo eclesiástico de México.³⁵

“Tal es la naturaleza del beneficio”, afirmaba Boturini al inicio de su dedicatoria, “que la retribución justísima de una deuda solicita siempre, provoca constante y compele encarecidamente a los hombres a ser agradecidos”.³⁶ Así desde su llegada a Nueva España se vio en deuda con la Virgen de Guadalupe, cuando al invocarla en el accidente que sufrió su embarcación al arribar a Veracruz hostigada por los nortes se libró de un peligro mayor, lo cual, en principio lo convenció de ir a conocer su santuario. Posteriormente, su entusiasmo concibió el propósito de escribir una historia compendiaría de las apariciones, en lengua latina, para que las naciones extranjeras tuvieran la ventaja de conocer la célebre advocación. Buscando a quien dedicar su obra, asegura que naturalmente se dirigió a aquellos en quienes la Madre de Dios había hecho legado y patrimonio hereditario (“haereditarium patrimonium”) de su imagen y templo: el arzobispo y el cabildo mexicanos.³⁷ Alaba las cualidades de ambos: en nadie como el prelado se han visto ejercerse óptimamente las facultades máximas eclesiástica y secular,³⁸ y en el “venerable cabildo” se ve un íntegro y original “trasunto” de las virtudes del prelado, y a un dedicado grupo de servidores del “Arquetipo guadalupano”, cuerpo en el que parecen latir “un solo corazón y alma”. Pero sus mayores elogios los reserva a Vizarrón: no sin admiración vio Boturini al arzobispo patrocinar a la ciudad de México para enfrentar el contagio que en 1736 se esparció entre los indios, abriendo hospitales y boticas para atender la necesidad de esos tiempos: “¡cuanta munificencia de un varón príncipe!” Digno es de celebrarse que en el pecho del arzobispo se enlacen armónicamente la humanidad con la afabilidad oficiosa, la gravedad con la

³⁵ Parece que Boturini incluso pensaba darla a la prensa cuanto antes, pues la carátula del texto lleva la nota “Mexici Typis”, seguida de un espacio en blanco.

³⁶ Dedicatoria de la *Compendiaria Historia*, s. f., AHINBG, caja 334, exp. 79, f. 4r. La traducción de las citas es mía.

³⁷ AHINBG, caja 334, exp. 79, ff. 5r-5v.

³⁸ Por muerte del virrey marqués de Casafuerte el arzobispo Vizarrón asumió el gobierno de Nueva España de 1734 a 1740, en que fue relevado por el duque de la Conquista.

civilidad, la integridad con la templanza, que le merecen el dicho de santo Tomás, “el hombre principal ha de ofrecer testimonio de virtud a los demás hombres”. A él y al cabildo hace el obsequio de su historia, “esbozo”, promete, “de cosas mayores”.³⁹

Llama la atención que Boturini decidiera hacer esta doble dedicatoria de su texto, dada la peculiar situación compartida entre sus destinatarios con relación a la iglesia del Tepeyac. Existía un antiguo y fuerte vínculo entre los arzobispos de México y el santuario, que podía remontarse a los tiempos de su primer promotor, fray Alonso de Montúfar, y especialmente a los de Pedro Moya de Contreras, quien dio mucha importancia al nombramiento de los capellanes que lo servían, procuró dar seguridad a sus rentas y fundó en él importantes obras pías. La difusión a partir de 1648, tras la publicación de la obra guadalupana de Miguel Sánchez, de la leyenda que ligaba a la imagen con fray Juan de Zumárraga como su primer recipiendario, tuvo mucho que ver con el fortalecimiento de este patrocinio, que prelados como fray Payo Enríquez de Rivera ejercieron con esplendidez.

Con su dedicatoria al arzobispo, sin embargo, Boturini no sólo rendía pleitesía a esta antigua tradición de patrocinio. Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta fue prácticamente el último de la serie de prelados que desde Moya de Contreras y por diversos motivos se desempeñaron simultáneamente como arzobispos de México y virreyes de Nueva España. Después de él, la monarquía borbónica, interesada en terminar para siempre con la superposición de las esferas del poder civil y eclesiástico que había caracterizado a la monarquía de los Austrias, no volvería a confiar el virreinato mexicano a jerarcas de la Iglesia sino por periodos sumamente breves y en circunstancias extraordinarias.⁴⁰ Vizarrón se había hecho cargo del gobierno a raíz de la muerte del virrey marqués de Casafuerte en 1734, y las difíciles condiciones de comunicación transatlántica creadas por el estallido en 1739 de la guerra entre España e Inglaterra retrasarían la llegada de su reemplazo en el cargo, el duque de la Conquista, hasta 1741.⁴¹ Es evidente que Boturini intentaba

³⁹ AHINBG, caja 334, exp. 79, f. 6r.

⁴⁰ Fue el caso de los interinatos de los arzobispos Alonso Núñez de Haro y Peralta en 1787 y Francisco Xavier de Lizana y Beaumont en 1809.

⁴¹ El duque de la Conquista moriría, sin embargo pocos meses después de su llegada a México. Tras un breve interinato a cargo de la Real Audiencia, fue sustituido a finales de 1742 por Pedro Cebrián y Agustín, conde de Fuenclara.

aprovecharse de esta coyuntura para conseguir, de un solo golpe, el favor de la máxima autoridad política y eclesiástica del reino, reunida en ese momento extraordinariamente en una sola cabeza.

Ahora bien, no menos trascendente era la dedicatoria del texto de Boturini al cabildo catedralicio de México. La relación entre el templo de Guadalupe y el cabildo metropolitano era, de antaño, igualmente importante que la de los arzobispos con el santuario. La jurisdicción sobre el mismo había sido con frecuencia, desde el siglo XVI, punto de discordia entre capitulares y arzobispo, pues pretendían aquellos la titularidad sobre Guadalupe a la manera en que el templo de Nuestra Señora de los Remedios, también extramuros de la capital, era fundación colocada bajo la protección del cabildo municipal de México. Los largos periodos de vacante en la sede arzobispal mexicana a lo largo del siglo XVII contribuyeron a reforzar la posición del cabildo, que se arrogó así el nombramiento de capellanes y mayordomos, y ejerció sobre él facultades de fiscalización a través del nombramiento de prebendados como sus jueces conservadores.⁴² No en balde las Informaciones de 1666 habían sido en gran medida una iniciativa conducida y llevada a término por el cabildo, en la persona del afamado canónigo Francisco de Siles.

La dedicatoria del fragmento histórico de Boturini era puntual reflejo de dicha situación, y de la suya propia ante estos poderes eclesiásticos. Según los usos clientelares de ese tiempo, la dedicatoria de un libro comportaba, o bien la solicitud del autor para acogerse a la protección de un patrono o mecenas, o bien el reforzamiento, a través de la pública expresión de la gratitud, de un vínculo ya existente. En el caso de Vizarrón, es notoria en la prolijidad del elogio que le ofrece Boturini su deseo de crear un lazo con el prelado, propósito en el que al parecer no tuvo mucha fortuna, como parecería demostrarlo la actuación del arzobispo durante la prisión del sabio. En el caso del cabildo, en cambio, Boturini estaba, esencialmente, tratando de desempeñar una obligación contraída por los favores que había recibido poco antes de ese cuerpo, a través de la persona de su deán y presidente, el doctor Alonso Francisco

⁴² Para la historia de las disputas jurisdiccionales entre cabildo y arzobispo sobre Guadalupe y una revisión del elenco de sus capellanes y mayordomos, véase Francisco Miranda Godínez, *Dos cultos fundantes: Los Remedios y Guadalupe (1521-1649). Historia documental*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 2001, pp. 351-365.

de Moreno y Castro, quien fungía además como gobernador del arzobispado, sustituyendo en todo lo posible al arzobispo Vizarrón, ya demasiado ocupado por el virreinato.

A principios de 1739 don Lorenzo había dirigido al doctor Moreno un memorial en el que exponía cómo pasaba ya de dos años el tiempo en que venía sirviendo a la Virgen de Guadalupe “solicitando entre ambas naciones española y de los indios los monumentos [*sic*] auténticos que puedan subministrar las pruebas legales de sus santísimas apariciones a cuyo efecto he constantemente registrado diferentes archivos, corrido varias provincias y hecho un mar de diligencias”. Y no sin orgullo le anunciaba que su empeño comenzaba a rendir frutos:

[...] se ha servido la clementísima divina Señora de regalarme con un testamento antiquísimo de una india pariente del dichoso Juan Diego en papel de maguey escrito en lengua mexicana, en el cual dejó y legó a Nuestra Señora y patrona tres pedazos de tierra diciendo que se apareció en sábado, y se dio parte al Ilustrísimo y Reverendísimo señor obispo con otras noticias históricas de dicho Juan Diego, que por ser el papel tan viejo todavía no he podido sacar en limpio, además que por la larga experiencia tengo averiguado cómo los indios que vivieron los afortunados tiempos de las milagrosas apariciones las historiaron en pinturas, cantares y manuscritos [...].⁴³

Este hallazgo alimentaba su esperanza de descifrar la “universal historia” contenida en los antiguos papeles y jeroglíficos de los indios, y poder así escribir, con sustento indudable, la historia de la taumaturga imagen. Sólo lo detenían los enormes gastos materiales de la empresa, que hasta entonces había afrontado a costa “del dispendio de la propia salud”. Pero recurría confiado al prebendado para que, atento a su caso, se sirviera “decretar aquel pródigo socorro, que su superior y alta comprensión conocerá proporcionado al intento que llevo mencionado para que con éste, y con la asistencia de la poderosa Señora tenga la dicha de robar al olvido, y a la injuria de los tiempos el tesoro histórico de la Señora y Patrona de Guadalupe”.⁴⁴

Puede imaginarse la impresión que el anuncio de Boturini hizo en Moreno, y en todos los que por su conducto debieron enterar-

⁴³ AHINBG, caja 5, exp. 2, ff. 354r-354v, Boturini al gobernador del arzobispado de México [ca. enero de 1739].

⁴⁴ *Ibidem*, f. 354v.

se del hallazgo. El antiguo papel al que el italiano se refería en su solicitud, conocido hoy entre los estudiosos guadalupanistas como “Testamento de Juana Martín” o “Testamento de San Buenaventura Cuautitlán”, fechado supuestamente en 1559, es uno de los documentos más tempranos existentes acerca de la mariofanía del Tepeyac, y uno de los de más problemática interpretación, por las explícitas alusiones que hace al indio Juan Diego como testigo de una aparición de la Virgen, y porque del original conocido por don Lorenzo sólo existen copias del siglo XVIII que impiden dictaminar con seguridad acerca de su autenticidad.⁴⁵ No es este lugar para realizar su análisis, pero importa mucho suponer el impacto que pudo tener en su momento la repentina aparición de un documento que, por sí solo, parecía conferir mayor autenticidad histórica al enigmático e inabismable visionario indio que todos los testimonios de los ancianos de Cuautitlán recogidos durante las Informaciones de 1666.⁴⁶

Lo que puede afirmarse con certeza es que Boturini consiguió, con la revelación de su descubrimiento, el efecto que buscaba. Su solicitud fue respondida con un decreto del doctor Moreno dirigido nada menos que al administrador del santuario, Joseph de Lizardi, para que informase acerca de lo expuesto por don Lorenzo, y para que, encontrando útil su proyecto, se propusiese medio con que proporcionarle la ayuda de costa que solicitaba.⁴⁷

La contestación de Lizardi muestra que el erudito se había asegurado ya un poderoso patrocinio. El tesorero cubría de elogios al investigador, al que aseguraba conocer muy bien, enfatizaba “los viáticos y demás expensas que ha distribuido entre los naturales, y lo que es más la dificultosa empresa de la inteligencia de la lengua mexicana, figuras caracteres de los antiguos indios para traducir lo que pueda conducir a este fin”, y hacía notar que todo le constaba, no sólo por haber podido ver personalmente los hallazgos de Boturini, sino también “por cartas que sobre ello se me han escrito”. En cuanto al medio para auxiliarlo en su empresa, consideraba

⁴⁵ Fue, por supuesto, uno de los elementos documentales esgrimidos con mayor efectividad ante el Vaticano por los promotores de la reciente canonización de Juan Diego.

⁴⁶ Para una interpretación crítica de este documento y su contexto, puede verse Xavier Noguez, *Documentos guadalupanos. Un estudio sobre las fuentes de información tempranas en torno a las mariofanías del Tepeyac*, México, Fondo de Cultura Económica, El Colegio Mexiquense, 1993, pp. 61-64.

⁴⁷ AHINBG, caja 5, exp. 2, Decreto del Dr. Moreno y Castro, México, 17 de enero de 1739, ff. 354v-355r.

que podía asignársele una ayuda de las rentas del santuario. Si bien podía objetarse que éstas debían destinarse exclusivamente al culto de la Virgen, Lizardi replicaba de antemano asegurando que, al publicarse y conocerse los seguros fundamentos que ahora se proporcionaban a lo que hasta entonces se conocía por antigua y constante tradición, la piedad se enfervorizaría, y las limosnas y legados para el santuario se multiplicarían enormemente.⁴⁸

Visto el informe del eficiente administrador, Moreno dio vía libre para que se asignaran a Boturini 300 pesos anuales a pagarse en tercios, de las rentas y propios del santuario, que al parecer comenzaron a entregársele de inmediato. El recibo por cien pesos del que sería el último –aunque don Lorenzo no lo sabía– de los pagos que se le giraron sobre las rentas de Guadalupe está fechado en Cholula el 24 de septiembre de 1739.⁴⁹

Conclusión

Circunstancias que la investigación que sustenta esta primera aproximación aún no consigue dilucidar parecen haber privado a Boturini desde 1740 del primer patrocinio de consideración que logró en estas tierras: el del cabildo eclesiástico metropolitano. Sin embargo, para entonces su empresa estaba ya firmemente asentada y el erudito comenzaba a convertirse, gracias a otros muchos e importantes apoyos, en uno de los más importantes anticuarios del México colonial.

De esta primera experiencia mexicana de Boturini se pueden extraer interesantes conclusiones: en primer lugar, la importancia de su formación europea como valiosa experiencia de aprendizaje de los usos y prácticas del clientelismo intelectual de la Edad Moderna. El de don Lorenzo fue el caso de muchos otros eruditos, literatos y científicos de su época, que tanto en las cortes de Europa como en las de la América virreinal española buscaron el sustento y la seguridad necesarias para el trabajo creativo mediante su

⁴⁸ AHINBG, caja 5, exp. 2, Informe de Joseph de Lizardi y Valle, México, 23 de enero de 1739, ff. 355r-355v.

⁴⁹ AHINBG, caja 5, exp. 2, recibo por 100 pesos de Lorenzo Boturini en favor del mayordomo Joseph de Lizardi y Valle, Cholula, 28 de septiembre de 1739, f. 359r. Faltan en el expediente consultado los folios 357 y 358 de la numeración original que, es de suponerse, contendrían los recibos de los dos primeros pagos de ese año.

adscripción, fuese formal o informal, bien ocasional o permanente, a la clientela de un poderoso patrocinador principesco, eclesiástico o de la burguesía. Boturini supo discernir con claridad, entre la confusión de esferas de poder producida por el gobierno interino del arzobispo Vizarrón, condiciones de patrocinio semejantes a aquellas que había conocido y de las que se había beneficiado en el Viejo Mundo. No es casual el hecho de que, una vez regularizada la situación administrativa del virreinato con la llegada del conde de Fuenclara en los últimos meses de 1742, Boturini perdiera el abrigo y protección de todos sus benefactores, y fuera arrestado.

Pero además, es posible distinguir ya la habilidad con que Lorenzo Boturini supo, desde prácticamente el principio de su estancia en México, entrelazar su propia persona y su actividad en el tejido social novohispano: así lo demuestran sus primeras búsquedas, que lo llevaron a indagar exitosamente sobre papeles antiguos entre los habitantes y autoridades de los barrios y pueblos indígenas de la capital y sus alrededores, al mismo tiempo que conseguía relacionarse con las élites de la administración eclesiástica de la ciudad y de la intelectualidad de más acendrado criollismo; todo, al mismo tiempo que construía las redes de contactos que habrían de facilitar sus incursiones por el interior del reino, que lo llevarían a hacerse de su célebre *Museo histórico indiano*.

A la luz de lo anterior comienzan poco a poco a trastocarse los papeles que la historiografía ha concedido al historiador italiano: el sabio solitario, el caminante perdido e ingenuo de la leyenda, se vuelve cada vez más borroso y lejano; el investigador hábil, el solicitante de talento político y gran tacto social, comienza a contornearse con mayor claridad, para empezar a conducirnos a una *idea de una nueva historia* de la vida de Lorenzo Boturini.

